

C | U | L | T | U | R | A

EL MUNDO
MAYESU
DE NOVIEMBRE
DE 2016

Presente en los últimos años en las quinceleas para el Nobel de Literatura, el keniano Ngũgĩ wa Thiong'o se crió bajo el dominio colonial británico y vivió en primera persona la revuelta de la guerrilla Mau Mau que llevó a la

DE LA TIERRA

LA MIRADA DE LOS CONDENADOS

independencia de su país. En el primero de sus tres volúmenes de memorias, el escritor y activista social rememora sus vivencias de infancia, marcada tanto por los hechos sangrientos vividos en Kenia como por su insobornable necesidad de aprender y de soñar, especialmente en tiempos de guerra
POR P. UNAMUNO

THE WASHINGTON POST

MÚSICA MICHEL CAMILO Y TOMATTO VUELVEN A COLABORAR JUNTOS EN UN NUEVO DISCO: 'SPAIN FOR EVER'

De niño, la vida consiste en una confusa sucesión de retazos, teselas de un mosaico al que sólo los años son capaces de dar forma. La infancia del escritor, pensador y activista nigeriano Ngugi wa Thiong'o no difirió de lo usual salvo por la gran cantidad y dureza de las piezas que se vio obligado a encajar antes de ser mayor de edad. *Sueños en tiempos de guerra*, primer volumen de la trilogía de memorias de este habitual de las quinielas para el Nobel, aparece con el sello de Rayo Verde y posee el atractivo de conservar el candor de la mirada del niño que asiste a hechos cuyo sentido puede intuir pero no entender plenamente.

Hasta años después, el chaval que atiende por su nombre colonial de James Ngugi no sabrá que, desde 1885, británicos y alemanes competían por colonizar los territorios de África oriental; ni que los campos de su familia en Limuru habían pasado a ser propiedad de un potentado local y que ellos eran ahora desposeídos, *ahoi*, en su propia tierra. Tampoco tendrá noticia de que, tras las dos guerras mundiales, los combatientes ingleses recibían como recompensa terrenos que les eran arrebatados a los mismos africanos que habían participado en esas mismas contiendas...

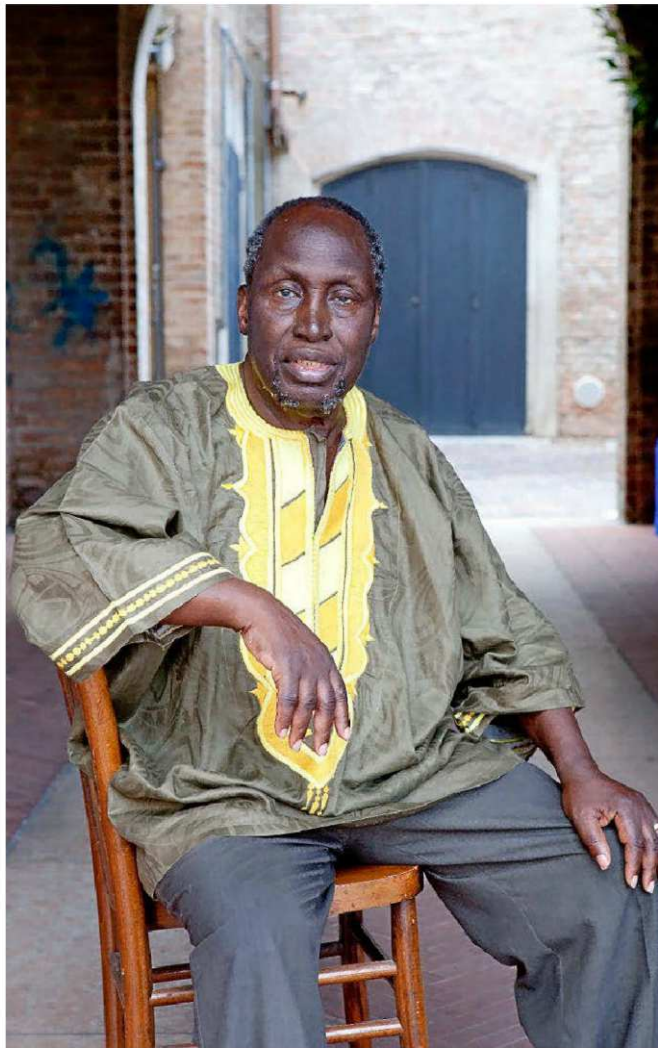
Más piezas extrañas para integrar en el mosaico: una, que su padre, después de perder su próspero rebaño de vacas y cabras, se da a la bebida y al maltrato y termina por desterrar a su madre (una de sus cuatro esposas) a otra aldea, con lo que su familia pasa a ser monoparental. Otra: cuando Ngugi recibe la mejor noticia de su niñez, que podrá ir a la escuela, tiene que recorrer 10 kilómetros a pie, sin calzado, y su madre le advierte que «no siempre» podrá almorzar y reza para poder pagar las tasas. No le importa. Revenderá material escolar, cazará topos en plan profesional, ejercerá de escriba de su abuelo: cualquier cosa con tal de poder estudiar y esquivar así el destino trazado, por terceros, para uno.

Como Sartre en otro libro memorable, Wá Thiong'o relata en *Sueños en tiempos de guerra* su descubrimiento de que «las palabras escritas también pueden cantar». El Antiguo Testamento, que es lo que tiene a mano, se convierte en su libro de los prodigios, la luz que disipa la niebla en que ha vivido hasta entonces. Por esa época, se recrudece la represión del Gobierno colonial contra la guerrilla del Mau Mau, que acabará por lograr la independencia de Kenia en 1964, comienza a hablarse de desplazamientos forzados, campos de concentración y estado de emergencia. Las ejecuciones son sólo un rumor hasta que, un día, el abatido es Gitogo, el hermano de Ngugi, que no atiende la orden de «¡alto!» de un oficial blanco porque es imposible que la oiga. Es sordo.

El niño asiste a la fractura que la guerra impone en su propia familia. Dos de sus hermanos se ponen al servicio del Estado colonial mientras otro se echa al monte para combatir. Él no puede evitar identificarse con este último, a quien llama «Buen Wallace» y admira como un erudito desde que lo vio estudiando por las noches con los pies metidos en una palangana de agua para no quedarse dormido.

Ante semejante panorama de «hermanos que se quieren enfrentados la guerra» y de pánico «a las incursiones del Gobierno durante el día y a los guerrilleros del Mau Mau por la noche», Ngugi se refugia en los estudios y en los libros que guarda el profesor Kibicho: *Grandes esperanzas*, *Lorna Doone* y *La isla del tesoro*, su preferido.

Entre tanto, los escritores nacionalistas de



Ngugi wa Thiong'o.
L. CENDAMO/
LESMAGE

Hasta años después, el chaval que atiende por James Ngugi no sabrá que, desde 1885, británicos y alemanes competían por su tierra

Su hermano guerrillero se presenta para deseárselo suerte y también para recordarle: «El conocimiento es nuestra luz»

20 kilómetros separan la aldea del joven Ngugi de su nueva escuela. Es la primera vez que monta en tren, un tren que además lo lleva al «paraíso»

Kenia, como Gakaara Wanjau, Kinuthia wa Mugia o Stanley Kagika, han sido encarcelados. Ngugi wa Thiong'o, a quien los años situarán entre estos elegidos de las letras africanas y que sufrirá como ellos la prisión (pero a manos de los herederos de la revolución), se enfrenta a los cruciales exámenes para acceder a la enseñanza secundaria.

Sin libros de texto, en mitad de una guerra, Ngugi estudia tanto como le es posible. No puede hacerlo durante el día porque tiene que ir en busca de leña, y por la noche sólo dispone del tiempo que tardan en consumirse las llamas del fuego. Su hermano guerrillero se presenta para deseárselo suerte y recordarle: «El conocimiento es nuestra luz». Él se acuerda también de las palabras de su madre, que nunca le preguntaba por sus notas –siempre brillantes– sino únicamente: «¿Lo has hecho lo mejor que podías?».

Como no tiene dinero para comprar diarios que le informen del desarrollo de la guerra (ni existen otros que los oficiales), el futuro autor de *Descolonizar la mente* se dedica a coleccionar trozos de papel impreso que encuentra en el suelo. Por ellos sabe de los planes para expulsar de Nairobi a miles de embu, meru y gikuyu como él, de la derrota francesa en Indochina y del fin de la segregación racial en EEUU, un hecho que nunca pudo siquiera imaginar.

Un Ngugi que es ya oficialmente adulto después del rito de la circuncisión resulta el único estudiante de su año admitido en el mejor centro de secundaria de Kenia. Su madre vuelve a enfrentarse al problema de pagar las tasas y comprarle uniforme y zapatos. Curiosamente, la ayuda llega de las personas más inesperadas: Njairu, líder de la detestada milicia local, y su apática hermana Njoki, que renuncia a todo para que adquiera lo que necesita.

Sólo 20 kilómetros separan la aldea del joven Ngugi de su nueva escuela. Es la primera vez que monta en tren, un tren que además lo lleva al «paraíso», evoca Wá Thiong'o. Al llegar, escucha la voz de su madre: «¿Lo has hecho lo mejor que podías?». Ahora sabe que en el fondo le estaba pidiendo que respetara «la promesa de seguir soñando incluso en tiempos de guerra».

Así termina el relato de los años de formación del escritor keniano, que en siguientes entregas de sus memorias tratará de su denuncia tanto del dominio británico como de un nuevo colonialismo igualmente odioso. Comprometido con todos los «condenados de la tierra» por igual, fiel desde 1977 a su lengua materna, el gikuyu, Wá Thiong'o contará cómo acabó en la cárcel de máxima seguridad en la que usó el papel higiénico para escribir *El diablo en la cruz*.